

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		Pesos
Mes.....	1	
Trimestre.....	2,50	
Semestre.....	5	
Año.....	10	
PROVINCIAS		
Tres meses.....	3	
Solo.....	5,50	
Año.....	10	
Extranjero y Ultramar.....	3 pesos	
CORRESPONSALES		
25 números de EL MOTIN.....	2,50	
NÚMERO DE EL MOTIN		15 céntimos.

El Motín

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se sirven al pedido no acompañado su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATASADO

35 céntimos.

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

DEBER Y CORTESÍA

Voy á contestar punto por punto al artículo que me dirige *La Unión Republicana*, de Pontevedra, con fecha 13 del actual. Para los vocingleros serviles, escritos como el que firmé en el *Extraordinario* del jueves último; para los que disienten de mis ideas y me combaten con rudeza, pero hacen justicia á mis intenciones, escritos como el presente.

Siempre he creído que me honraba conteniendo con los periódicos de provincias; si alguna vez no lo he hecho ha sido por que las condiciones materiales de EL MOTIN me lo impiden. También he creído siempre que es más meritorio ser periodista republicano en una capital de provincias que en Madrid. Aquí hay más medios de defensa, más libertad, y se gana á la vez más renombre y más consideración.

Pero vamos con el artículo.

El colega está ya persuadido, como EL MOTIN, de que todos hemos ido por mal camino y perdido el tiempo lastimosamente; de lo que no está seguro es de los medios que voy á emplear en favor de la instauración de la República. Mas hable *La Unión*:

«Nosotros buscamos ésta (la instauración) mediante la unión de las ideas, porque ellas son la norma de todo procedimiento racional dirigido á un fin claramente determinado. EL MOTIN la ha buscado hasta ahora mediante el hacinamiento de los hombres, pretendiendo hacer de la voluntad de todos una fuerza bruta, que á guisa de ariete se pueda lanzar contra los muros de la monarquía por la acción combinada de dos ó tres autoridades para él discutibles.»

He pretendido y pretendo eso, no para que se lancen esas fuerzas contra la monarquía en cualquier momento y ocasión, sino para que estén organizadas y dispuestas á secundar, sin apresuramientos, pero sin vacilaciones, las iniciativas que conviniera tomar en un instante determinado. Si esto hubiese estado hecho cuando el conflicto de las Carolinas, ó después al morir el rey, la República estaría ya establecida. La unión de las ideas es imposible en un país donde se forma un partido, como el centralista últimamente, sin una idea que no tuvieran en su credo los ya formados.

«Cuando EL MOTIN quiso encerrarnos en aquel dilema: con tres ó dos jefes sí, pero con uno solo nunca, nosotros enmudecimos, porque no sabemos razonar con quien deliberadamente se pone fuera de la lógica.»

No veo la falta de lógica. Si los republicanos hubieran imitado en todas partes á los de Salamanca, Valladolid y algún otro punto, uniéndose sin contar con nadie, y dando así una prueba de independencia y amor á la causa, un jefe solo hubiera podido resolver la cuestión; y al decir jefe, claro es que acompañado de su partido, sin lo cual todos valen bien poco; pero dos partidos juntos hubieran despertado á los dormidos, animado á los cansados y ofrecido garantías á los que sintieran deseos de ayudarnos. Además, en los instantes que tal dije había que evitar un peligro: que la masa dispuesta á la unión desconfiase, creyendo que se trataba de ponerla á las órdenes del Sr. Zorrilla, como imprudentemente decían sus partidarios.

La Unión cree que la República vendría en menos tiempo que se dice el día que por nosotros mismos abriésemos el camino recto para llegar á ella, y expresa su pensamiento en esta forma:

«Sí, Sr. Nakens, más pronto que se dice. Haga usted comprender al pueblo cuál es la forma menos engañosa y por lo tanto más democrática de expresar su vo-

luntad; cuál es el sistema de legislar en que él pueda tomar parte directa; cuáles los ministerios precisos, ni uno más ni uno menos, que han de constituir el nuevo régimen y han de echar al suelo cuantas superfuidades componen el organismo monárquico, y verá si la República es pronto un hecho, si aparecen generales que nos ayuden y nación que acepte con gusto la implantación de nuestros ideales.»

¡Ay, querido colega! ¿Qué convencimiento puede llevarse á una nación que presencié las torpezas del 73 y sabe que los mismos hombres van á gobernarla? ¿Cómo va á haber generales que nos ayuden mientras el Sr. Pi continúa predicando contra el ejército? ¿Cómo no ha de temerse que al día siguiente de proclamada la República se echen al campo los carlistas, cosa fácil de remediar por hombres de resolución y energía, pero difícil de contrarrestar por los que gobernaron entonces, excepción hecha de Castelar, único que dió en este punto muestras de patriotismo y de hombre de Estado? ¿Cómo llevar á la nación el convencimiento de que venimos á reformar mucho, sí, pero á gobernar mucho también, mientras se le hable de pactos y de regiones autónomas? En tanto que haya hombres que prediquen en tal sentido, no inspiraremos confianza á nadie: el temor á lo uno, impedirá ver las ventajas de lo otro.

«Nosotros creemos que lo principal es trazar los planos del edificio, prefijando sus condiciones en consonancia con las necesidades de todos. EL MOTIN con otros muchos entendía hasta ahora que lo primero es derribar la monarquía aunque luego nos destrosemos en fratricida contienda al tratar de construir la República.»

EL MOTIN ha creído y cree que lo primero que se necesita para edificar es terreno, y estar en condiciones de adquirir los materiales. Si cada cual tuviéramos los edificios que hemos construido con los planos que hemos trazado ¡qué bien instalados estaríamos todos! El que más y el que menos hemos alzado un gran palacio en nuestra imaginación mejor que todos los conocidos. Póngasenos en condiciones de edificar, y lo de los planos será cuestión secundaria. Por eso he entendido y sigo entendiendo que lo primero que hay que hacer es derribar la monarquía. En un mes de gobierno se adelanta más que en seis años de propaganda. Respecto á que no me importa que después del triunfo nos destrosemos en fratricida contienda, ¿qué he de decirle sino que precisamente para que esto no suceda he emprendido la presente campaña? ¿Para evitar que se entable una lucha de masnada entre zorrillistas, pifistas y salmeronianos? ¿Para que se depure bien, ahora que el país no sufre las consecuencias, lo que cada cual pretende?

«Estaremos en un error; será más tardío este procedimiento que nosotros adoptaríamos como único, si nos fuera lícito elegir; pero los hechos no han demostrado hasta la hora presente que otro sea más práctico. Si arma al brazo estamos esperando la voz de avance, es porque la República, cualquiera que sea, es preferible á esta inveterada corrupción monárquica que por contagio nos ha hecho ineptos hasta para pensar con acierto en lo que más nos conviene.»

Pues por todas esas razones; por ser preferible la República, cualquiera que sea, á la corrupción monárquica, que nos impide hasta pensar con acierto en lo que más nos conviene, sostengo que debemos dedicarnos á cazar la liebre en vez de perder el tiempo discutiendo acerca del guiso. Si hemos llegado al extremo de no saber ya pensar, ¿qué va á ocurrir si continuamos disciplinados otros diecisiete años? Indudablemente sería preferible unirnos por

las ideas, y aguardar tranquilamente á que éstas se impusieran por sí solas; mas para esto sería preciso modificar antes todas las leyes de la naturaleza y todas las enseñanzas de la historia, que nos dicen que no hay alumbamiento sin dolor, ni progreso alcanzado sin luchar contra la tradición en el terreno de la fuerza.

«Leemos atentamente EL MOTIN y sabemos distinguir las exageraciones á que le lleva su carácter satírico, de la moralidad que su crítica encierra; pero su política ni siempre la hemos entendido ni siempre nos ha gustado; y ahora mismo que leemos y releemos el final de su artículo *En qué hemos perdido el tiempo*, dudamos del acierto de nuestro juicio al colocarlo en lo que nosotros llamamos el camino recto por ser el más corto.»

Las dudas del colega quedarán desvanecidas en el número del sábado, en que concretaré mis aspiraciones. Podrá estar ó no conforme con ellas, mas tendrá que convenir en que las expongo con franqueza y sin reservas.

«Reciba el colega nuestro parabién, si esa actitud (la que *La Unión* cree nueva) es hija del convencimiento de nuestros comunes extravíos, y si, manteniéndose en ella con ánimo resuelto y olvidando de una vez para siempre las pequeneces y grandezas individuales, se fija exclusivamente en el bien de la madre patria y emplea sus talentos y sus medios de propaganda, que son muchos y de gran valía, en la implantación de la República, no para esta ó la otra agrupación, sino para todos los republicanos y aun para los que no lo son.»

El colega pretende que olvide las pequeneces y las grandezas individuales. Esto no es posible mientras los hombres que están al frente de los partidos no cambien de rumbo y sigan influyendo poderosamente en la suerte de la República. ¿Quiéren esos señores que todo lo olvidemos? ¿Que aquí no haya pasado nada? Empiecen por darnos el ejemplo; demuestren con actos, no con palabras, que se unen para marchar á la reconquista de lo que se dejaron arrebatar; prescindan cada cual un poco de su amor propio, y ¡adelante contra la monarquía! Pero si no lo hacen ¿cómo dejar de atacarlos? Todavía salen ganando con que se les discuta, porque debían estar ya fuera de toda discusión. En manos de los moderados murió el trono borbónico. Hacha la restauración, ni formaron ministerio, ni influyeron en la política. Nosotros, aun después de haber perdido la República, seguimos contando con los jefes. Esto tienen que agradecerlos, y además el que seamos tan inocentes que continuemos empeñados en ganar batallas con generales desacreditados y que por contra no quieren batirse. Respecto al otro punto, diré al colega que por la implantación de la República he trabajado y trabajo, y que me pongo á las órdenes de todo el que vaya por el mismo camino.

«¿De veras quiere EL MOTIN que nos unamos los de abajo, como él dice?—Pues pactemos de igual á igual entre todas las provincias por medio de nuestros periódicos; que tiempo hay para ello desgraciadamente. Ni allá ni aquí somos los de abajo—¡qué mal suena esto!—rebaño de inconscientes ovejas sujetas á la honda y á los golpes de cayado.»

¿Y por qué no han hecho ya las provincias lo que *La Unión* propone? Esto es lo democrático, y lo justo, y lo conveniente. Alguien se hubiera anticipado á proponerlo desde Madrid, mas no lo ha hecho precisamente por dejar á la iniciativa de los republicanos de provincias lo que hasta ahora ha sido uso y práctica corriente iniciar desde aquí. Venga esa unión; anticiépese de esa manera el ejercicio de las autonomías. Y si el ensayo da el resultado apetecido y se forma un núcleo bastante poderoso

so para que la revolución no pueda hacerse sin él, y bastante desligado de todas las agrupaciones existentes para poder oponerse en los primeros instantes del triunfo al predominio de ésta ó aquella, entonces la República nacerá con la vitalidad suficiente para luchar contra sus enemigos, y no se convertirá en una merienda de negros, como el colega teme.

«EL MOTIN, nos complacemos en consignarlo, es el único periódico que, enmendando ciertos resabios de pantería cortesana, tiene á gala departir con los de provincias; el que con más frecuencia se hace cargo de lo que dicen, copiándolos y comentándolos.»

A esto ya he contestado.

«Democratícmonos en una aspiración común claramente definida; sea EL MOTIN, con sus iniciativas, el lazo de unión entre Madrid y las demás capitales; y la República vendrá *citius dicto*. Es la mayor prueba de estimación que podemos enviar al Sr. Nakens.»

Es grande, la agradezco mucho, y me ofrezco, no á tomar iniciativas, sino á secundarlas. El día que las tomara me anularía, y no quiero anularme, porque deseo prestar los servicios que pueda hasta que venga la República. En cierta ocasión dije á un hombre importante: «Como nada ambicioso, nadie puede darme ni quitarme nada. De ahí mi independencia y de ahí mi fuerza.» Esto repito. Si por resultado de la iniciativa ajena se formara ese núcleo revolucionario, le ayudaría y lo defendería con la constancia y la fe que acostumbro.

Creo haber contestado á todo lo importante que La Unión Republicana me ha dicho, y termino reiterándole el testimonio de mi agradecimiento.

JOSÉ NAKENS.

LA RAZON A QUIEN LA TENGA

En un artículo titulado *La teoría y la práctica*, endereza El País, órgano del Sr. Ruiz Zorrilla, estas verdades al Sr. Pi:

«Yerran lastimosamente los que olvidan las lecciones de la práctica y se engolfan en el insondable mar de las teorías abstractas.

Olvidan ó desconocen los que tal hacen las lecciones de la historia, y permanecen ciegos ante la realidad que alumbra las inteligencias con luz vivísima.

Las teorías abstractas nos perdieron y trajeron la restauración, que no tiene nada de ideal ni nada de abstracta; antes, por el contrario, y para nuestra desdicha y para vilipendio nuestro, es puro materialismo.

Consecuencia de aquel grande error que nos llevó á la impotencia en fuerza de querer resolver por la metafísica los problemas de gobierno, es la postración del país, su aniquilamiento, el desarrollo del anarquismo, la estabilidad que ha alcanzado la monarquía, con todo el cortejo de calamidades que nos ha puesto á las puertas de la bancarrota y al borde del abismo sin fondo del descrédito nacional.

Es una desdicha inmensa el que no sepamos acallar nuestra imaginación turbulenta ni ajustar nuestros actos á la razón fría y tranquila que nos aconseja meditar más y soñar menos. Es una calamidad eso de que no han de tener valor á nuestros ojos los hechos más claros, ni eficacia los resultados más patentes.

Porque si lo tuvieran, no imitaríamos la conducta de los griegos del imperio, y dejando para mejor ocasión, es decir, para cuando no tuviéramos otra cosa más urgente que hacer, averiguar si la luz fué creada ó increada, descenderíamos á cosas más tangibles, á problemas de índole más práctica, como, por ejemplo, el de dar al país una forma de gobierno que dejase libre á la voluntad nacional el cuidado de organizar el gobierno como mejor cuadrara á sus gustos y á sus necesidades.

No lo entendemos así, ó mejor dicho, no lo entienden los que en estos momentos críticos tratan de cerrar el camino á la República, que necesita, no sólo el triunfo material, sino el dominio de la opinión indiferente ó recelosa. No lo entienden así los que afectan un puritanismo sospechoso, porque lo que fué antes la perdición de la República, lo que fué antes el oprobio y la humillación de la patria, lo que pudo ser la restauración de la monarquía y la apoteosis de aquello que barrió para siempre una revolución gloriosa, volvería á serlo; que no han cambiado tanto las circunstancias que sea posible y hasta fácil hoy lo que entonces resultó imposible, de todo punto imposible.

Ha llegado el momento de que los que aman ante todo y sobre todo la República, por lo que es y por lo que representa en este período de decadencia nacional, mediten y resuelvan. Ha llegado el momento de fijar actitudes y de despejar obstáculos; porque no está lejos, pese á todo, el instante supremo de que el país reivindique su soberanía y su derecho á gobernarse como mejor convenga á su voluntad omnipotente y á su soberano derecho.

Y cuando este instante llegue es preciso que no nos coja indecisos y vacilantes, sino firmes y seguros, cosa que no podrá suceder si no estamos conformes en lo que nos es ó debe al menos serenos común: en la instauración de la forma republicana como antítesis de las instituciones que un hecho de fuerza implantó y que tienen á su cargo larguísima cuenta de desastres y de desdichas.

Por lo que á nosotros respecta, debemos decir que estamos cansados de pelear con enemigos invisibles, que

anhelamos emplear nuestras fuerzas contra los de la República, y que juzgamos inútil y aun perjudicial todo lo que tenga por objeto ó por resultado restar fuerzas y simpatías á la causa republicana.

Damos la preferencia á la práctica sobre la teoría, á la realidad sobre el idealismo, aprendiendo en las lecciones de la desgracia que el secreto para hacer invulnerable á la República está en hacerla compatible con los legítimos intereses del pueblo español.»

La razón y el buen sentido hablan por boca de El País en ese artículo. Lo felicito, sobre todo por lo que dice de que ha llegado el momento de despejar obstáculos. A esa misma idea obedece mi campaña.

¿Que está cansado de pelear con enemigos invisibles? Haga lo que yo, y póngalos al desnudo en la plaza pública.

Y para que la labor sea fecunda y provechosa, rueguele al Sr. Zorrilla que venga á España y comience á arrancar caretas. Lo que desde allí sería imprudente, desde aquí resultaría patriótico.

El día que viniera el Sr. Zorrilla y alzase la bandera revolucionaria en la forma que las leyes lo permiten, la política republicana variaría por completo.

Ayer prestó servicios á la causa en el extranjero. Hoy sólo puede prestárselos en su patria.

Venga y España se lo agradecerá.

INSISTIMOS

El órgano del Sr. Salmerón insiste en que hacemos la causa de la monarquía combatiendo á los jefes, estampando á la vez frases de mal gusto, que no debe haberlas escrito ninguno de los redactores que conocen á los de EL MOTIN.

Como no debemos rebatir todos los días el mismo cargo, reproducimos lo que dijimos el 5 de Marzo acerca de esto:

«Para tener derecho á hablar de esa manera, hubiera debido La Justicia abstenerse de hacer la campaña contra el Sr. Zorrilla que todos recordamos; la más agresiva, personal y sangrienta de estos últimos tiempos, que no se limitó á acusaciones de carácter político, y que alcanzó el alto honor de ser coreada por los monárquicos.

Pero como las faltas ajenas no disculpan las propias, prescindiré de esto, y reconoceré y declararé que efectivamente es tristísimo merecer ese alto honor, á cambio de que se me conceda que la culpa de que esto ocurra es única y exclusivamente de los ex jefes. (Creo que ya puedo calificarlos así sin faltar al octavo mandamiento.)

¿Sí, de ellos! De los que han dejado transcurrir diecisiete años sin haber hecho otra cosa que dividir y perturbar; unos promoviendo insurrecciones sin contar con el pueblo y sin afrontar los riesgos; otros condenándolas después del fracaso; otros permaneciendo alejados de toda lucha, como si no fueran republicanos, como si no fueran españoles siquiera.

Y en ese largo período, ¡cuántos republicanos que habían sacrificado su reposo y su fortuna por la causa, pecciendo silenciosamente en la miseria ¡cuántos separados de su natural camino por aguardar la hora de sacrificarse nuevamente! ¡cuánta energía abatida y cuánta esperanza muerta! ¡qué potente la restauración! ¡qué avergonzado el país! Si en esos años han pedido los ex jefes al pueblo que los elija diputados, han hecho oposición más tibia que los mismos monárquicos; han dejado pasar sin protesta hechos escandalosos; no han velado por los intereses del país, no han luchado valerosamente y en todos los instantes; no han respondido, en fin, ni á su significación, ni á su historia, ni á lo que les exigía su deber. Como los alfonsinos los hubieran imitado durante el período revolucionario, la restauración no se habría hecho.

¿De ellos, sí! De los que nos dieron siempre ejemplos de odio y no tuvieron nunca un rasgo noble de generosidad; de los que se tiraron al degüello en el poder y al codillo en la oposición; de los que hicieron constantemente política de camarilla y excomulgaron á todo el que no se sometió servilmente á su voluntad soberana; de los que buscaron su prestigio en el desprestigio ajeno; de los que, como Pi, recorrieron las provincias para quitarle proclamas á Figueras; de los que, como Salmerón, se separaron de Zorrilla para formar un nuevo partido que á nada respondía más que á satisfacer una antigua ambición; de los que, como Zorrilla, se proclamaron especialistas en revoluciones, para sobreponerse á los demás.

¡Sí! Ellos han encendido la hoguera que hoy los abraza, minado el terreno que se hunde bajo sus pies, y predicado, excitado y mantenido la guerra entre los republicanos; con la desventaja para ellos que lo hicieron por particular egoísmo, mientras nosotros, al indisciplinarnos, nos inspiramos en el bien de la patria, al estilo de Daoiz y Velarde. ¿Y se extrañan ahora de que, cansados de esperar que se entiendan, burlados en nuestros deseos, estafados en nuestras esperanzas y viendo agonizar al país, levantemos bandera de unión prescindiendo de ellos? ¿Qué creen que somos y por quiénes nos han tomado? La rebelión ha llegado á ser necesaria, no ya por patriotismo, por vergüenza.

Recordémoslo, para no cejar en la campaña en que estamos empeñados. Cada vez que nos han visto en camino de olvidar rencillas y agravios, han trabajado por defenestrarlos, no francamente y cara á cara, sino de sos-

layo y en la sombra. Basta con recordar lo que hicieron cuando el marqués de Santa Marta inició la coalición de la prensa. Salmerón, que aprobó de antemano la idea, no se adhirió después, pretextando que iba por derrotados revolucionarios, cuando esto era precisamente la justificación de su existencia; Pi, que fué visitado por una comisión, se desató contra varios republicanos, llegando hasta á calificar de criminal á Zorrilla, y negándose á firmar una circular que se le llevaba, porque no era revolucionaria; Zorrilla, el único que se adhirió, aguardó para hacerlo á que la fuerza de la opinión lo arrastrara; y es que todos se resisten á sancionar y seguir las iniciativas del pueblo, gritan *janathema!* cuanto algún republicano se permite pensar por cuenta propia, é invocan la disciplina para imponer silencio. ¡La disciplina! ¿Cómo la entienden esos señores?

¿Es disciplina acaso formar cada cual un grupo en las Cortes del 73, dentro de un programa común (eso que ahora presenta Pi como panacea salvadora), y formar ese grupo frente al carlismo, al separatismo cubano y á los cantones, todos en armas? ¿Lo es entretenerse en derribar ministerios mientras la guerra saqueaba é incendiaba poblaciones; discutir personalidades cuando los soldados asesinaban jefes; recriminarse en tanto que el crédito se perdía por completo? ¿Se llama, por ventura, disciplina á poner dificultades á todos los gobiernos de la República, como hizo Pi; á preferir que ésta cayera antes que transigir con Castelar, como hizo Salmerón? Descaro se necesita para invocarla después de haber dividido y desgarrado al potente partido federal, ó de haber merodeado en todos los campos para formar otro híbrido y perturbador; ó de haber desquiciado al que ha hecho sacrificios por la revolución, abriendo un paréntesis que reveló cansancio, debilidad ó impotencia; que esto es, en suma, lo que han realizado respectivamente los Sres. Pi, Salmerón y Zorrilla.

Pero voy á conceder que tengan razón para exigirnos disciplina, y á suponer por un momento que nos hemos sometido. ¿Qué ventajas para la República traerá nuestra actitud? ¿Dejaría Zorrilla de repetir, por medio de su órgano en la prensa, que los progresistas se bastan para hacer la revolución? ¿Renunciaría Pi clara y terminantemente al pacto y prescindiría del programa común? ¿Licenciaría Salmerón su mesnada ó se pondría siquiera de acuerdo con Pi sobre el alcance de la autonomía regional? ¿Se contentarían los tres con llamarse republicanos á secas, ó revolucionarios? ¿Trabajarían de común acuerdo y con buena fe para traer la República por todos los medios? ¿Sí? Pues báganlo y verán como todo queda resuelto, y cuán disciplinados somos. ¿No? Pues siga la indisciplinación, tres veces santa en estos instantes, porque nos desembaraza de tres dictadores que no se han impuesto ni por su audacia, ni por su carácter, ni por sus victorias.

Porque si se nos pide disciplina para que acudamos á votar como borregos á diputados y concejales que sirvan de comparsas á los monárquicos, entonces tendremos el alto honor de decirles que no puede ser, y que sólo acudirémos á las urnas cuando ellos declaren que están resueltos á ir á otra parte con nosotros. Y no es porque tratemos los indisciplinados de crear un nuevo partido, aun cuando bien pudiéramos, como Salmerón, admitiendo tráfugas de todos y robando retazos de varios programas; no; nuestra aspiración es más modesta, pues se reduce sencillamente á formar una agrupación revolucionaria poderosa, dispuesta á ayudar á quien trabaje por el triunfo de la República, llámese como se llame y venga de donde viniere; agrupación que no tenga que regular su marcha por las calaveradas revolucionarias de Zorrilla, ni por las vacilaciones de Pi, ni por las indeterminaciones de Salmerón; agrupación sin cuyo concurso nadie pueda hacer nada, y que garantice al país que no lo perturbarán ni los salmeronianos, ni los piístas, ni los zorrillistas después del triunfo.

¿Que para realizar tan elevados fines somos pocos? Contestaré con una frase que Pi acaba de poner en moda: *miente quien tal diga*: somos los más. ¿Que no somos los mejores en calidad, otra frase que nos ha arrojado al rostro Salmerón? Si la *calidad* consiste en someterse como siervos á la voluntad de un hombre, tiene razón el que lo afirma. Pero entonces, si no somos ni los mejores ni los más, ¿qué son ellos? ¿Cómo se explica que los hayamos reducido al despreciable estado en que se encuentran? El señor Zorrilla está destrozado; Pi tiene que andar constantemente haciendo equilibrios para no quedarse solo; Salmerón se ve únicamente acompañado por unos cuantos hombres de *calidad* (?). ¿Dónde están, pues, los republicanos? Gran número en el retraimiento, adonde los ex jefes los han lanzado, y con los indisciplinados el resto. Que este resto es grande, ya lo verán cuando nos contemos. Y urge contarnos, para que no acaben con nosotros los demócratas de horca y cuchillo. ¿Por qué gran parte de la masa obrera, que era republicana, se ha distribuido entre el socialismo y el anarquismo? Porque aumentando cada día su malestar, y viendo que los ex jefes pasaban años y años sin hacer nada, acudió al reclamo de los que le ofrecían (con probables lúes ó sin ellas, que esto no es del caso ahora), conducirlos al término de sus esperanzas.

Si los ex jefes no estuvieran cegados por la soberbia, comprenderían que cuanto les sucede es lógico: mueren por donde han vivido; por la indisciplinación. La excitación y fomentaron en los campos contrarios para acarrear gente al suyo, y como el arma tenía dos filos, se hirieron al herir á los demás.

Hay quien dice: «Si con los jefes no se va á ninguna parte, tampoco se puede ir sin ellos.» No es verdad; pero, en fin, allá veremos. Con los ex jefes ya está demostrado que no; y aun admitiendo el absurdo de que sin ellos continuáramos lo mismo, algo se iría ganando; por

lo pronto la abolición de la servidumbre democrática y el recabamiento de nuestra dignidad.

No falta quien sospeche que la campaña es suicida porque los monárquicos se regocijan. Esto sólo significa que éstos viven al día. De la unión de los republicanos puede salir, y saldrá, algo práctico contra la monarquía; de la desunión de los jefes únicamente han salido diecisiete años de prosperidad para ella y de ruina para España. ¡Diecisiete años! Esta cifra inexorable desmiente cuanto los ex jefes digan en defensa del *statu quo*. Se lamenten por lo que ocurre, se indignen, vociferen y excomulguen, siempre les saldrá al paso esta frase: ¡diecisiete años!

No quiero terminar sin reconocer, encarecer y agradecer el único favor que los ex jefes nos prestaron en 1873: el que la República tiene en España fuertes y poderosas raíces. Si pudo tirar once meses á despecho de sus torpezas, sus miserias y sus cobardías, ¿quién dudará que el día que vuelva no habrá quien la destruya?

MAS APLOMO

Hablaba en el Congreso el Sr. Vallés (no el actor, el diputado), con su oratoria trasnochada, tremebunda, declamatoria, melodramática, rimbombante, trágico-lírico-cómica, llena de imágenes de tumba y hachero; oratoria en que se oyen crujir las ominosas cadenas del despotismo, se siente el frío de la mazmorra, se ven los horrores de la ergástula, y desfilar los esbirros y los sicarios; y hablaba con gran contentamiento de los diputados zumbones y de buen humor, que echan de menos el género que murió con el malogrado Arderius.

Pero como todo ¡ay! acaba en el mundo, hasta los discursos del propio Sr. Vallés, en seguida que le puso el punto final, levantóse á contestarle el diputado conservador y periodista Sr. Rancés, y á las primeras de cambio, sin venir á cuento, ó tal vez con la intención satírica que desarrolla el oficio de periodista, le dijo que no había estado en su oración todo lo humilde que correspondía á un hermano de San Vicente de Paul. Y ¡aquí te quiero, escopeta! Fuera de sí (mejor encajaría decir en este caso «dentro de sí»), descompuesto, y con unos desplantes que para lucirse en las tablas los quisiera Vico, con la fuerza de pulmones que el señor de cielos y tierra (estilo Ribot) le ha concedido: «¡Eso es una calumnia soez!», exclamó.

Calumnia, como sabe muy bien el Sr. Vallés, es la falsa imputación de un delito de los que dan lugar á procedimiento de oficio; y hasta ahora, desgraciadamente, el ser jesuita no es un delito ante el Código aun cuando lo sea ante la moral; mas como el señor Vallés no se cuida nunca del valor de las palabras, lo largó así.

La mayoría, que tal oyó, protestó contra la frase, y el infeliz Sr. Vallés se apresuró, sumiso y contrito, á dar toda clase de explicaciones, cosa que se podía haber aborrido con ser menos vehemente y menos ligero.

Sírvale de lección para lo sucesivo, y modere esos arranques de Pancho y Menguero, que tan triste idea hacen formar de la seriedad y el aplomo de un hombre que aspira á que lo declaren *príncipe de Asturias del pactismo*. Debe meditar mucho lo que dice para no exponerse á tener que dar explicaciones todos los días y tragarse palabras mal aplicadas, que pueden producirle una indigestión terrible, lo que lamentaríamos, porque nos divierte mucho ese Marat rezagado.

EXPLICACIÓN

Nuestro querido colega *La Revancha*, de Valladolid, nos dirige el siguiente artículo:

«Nuestro querido colega EL MOTIN viene hace ya tiempo empeñado en una campaña bastante enérgica contra los jefes de los partidos republicanos y contra la tendencia que estas agrupaciones tienen de abdicar sus iniciativas todas en manos de aquellos, indicando, como principal argumento de su causa, lo fácil que sería, habida cuenta de lo que, á su juicio, representan los directores de la política democrática, realizar esa tan anhelada unión, que había de traer revolucionariamente la República.

Pues bien; á nosotros se nos ocurre, prescindiendo por ahora de la justicia ó injusticia de sus personalísimas acusaciones, que el periódico madrileño anticlerical no es consecuente con las ideas, hasta cierto punto salvadoras, que predica, porque los republicanos federales y progresistas de Valladolid y de su provincia, unánimes, sin una protesta y sin una disidencia, nos hemos unido bajo la base de las autonomías, aceptando los procedimientos revolucionarios, con jefes ó sin ellos, guiados en este punto por el saludable consejo de nuestro ilustre paisano el Sr. Muro, y no ha tenido espacio, ni tiempo, ni voluntad para consagrar unas líneas á este acto de transcendental importancia.

Y decimos esto último, no por inmodestia, que nosotros, particularmente, nada somos ni nada representamos; pero al fin nuestra capital es una de las de más valía en la nación española, y los partidos federal y progresista han demostrado su entusiasmo y su disciplina,

luchando en recientes elecciones y obteniendo en ellas una gran mayoría.

A no ser que EL MOTIN, y conste que no lo creemos, imite la conducta de esos endiosados cortesanos que miran con injustificado desdén las cosas y personas de provincias; y no lo creemos, porque esto sería atentatorio, no ya sólo á los preceptos de nuestra común escuela, sino á las más vulgares leyes de la lógica y del sentido común.—Un Obrero.»

Si no pude ocuparme por falta de espacio del importante acto celebrado en Valladolid, lo presenté varias veces como ejemplo á los demás republicanos.

Hoy, que dispongo de espacio, copio íntegro el artículo del colega, no sólo por demostrarle que no me falta voluntad para ocuparme de los actos que se realizan en provincias, sino para añadir que pecaría de torpe no haciéndolo. Un acto tan importante como el realizado por los republicanos de Valladolid, que justifica la campaña que vengo sosteniendo, no ocurre tan á menudo para prescindir de él.

No; no dan todos los días los republicanos esas pruebas de independencia y de sentido práctico, para que puedan ser desdeñadas por quien, como yo, las predica, las practica y las admira.

Conque conste que la falta de espacio, y sólo la falta de espacio, pudo privarme de hablar del acto de los republicanos de Valladolid.

LA OPINIÓN REPUBLICANA

La Concentración, órgano de coalición republicana, de Huesca, dice:

«Desde la restauración de la monarquía son innumerables los intentos para realizar la coalición republicana; puede decirse que ha sido la aspiración constante de cuasi la totalidad de los republicanos, y sin embargo, no han podido conseguirla mas que una ó dos veces, para ser al poco tiempo derribada por la ambición de unos pocos, que siempre han impuesto su voluntad á todos.»

Lo prueba haciendo historia de lo ocurrido, y termina así su artículo:

«El pueblo republicano quiere la coalición, la demanda con imperio. ¿Por qué no se realiza?

Porque los de arriba la dificultan, porque los de abajo no sabemos sobreponer nuestros compromisos de partido; es necesario, imprescindible que unos y otros dejemos lo que es personal, para atender los intereses de la República, hermanados con la prosperidad y grandeza de la patria.

De no obrar así, el partido republicano, como el pueblo judío, no verá nunca la tierra de promisión.»

¡Qué ha de ver! Y si la viera y entrase en ella sin haberse curado de la idolatría, ¡pobre de él y pobre de la patria!

La comparación con el pueblo judío es oportuna, por que también le ocurrieron males sin cuento por haberse dado á adorar falsos ídolos.

Una sola advertencia vamos á hacer á *La Concentración*: el pueblo judío si entró en la tierra de promisión; quien no entró, si no recordamos mal en este momento, fué Moisés, el jefe.

Jehová entendía estas cosas á la manera que nosotros.

La Voz del Pueblo, de Vitoria:

«La unión ó concordia de los partidos republicanos, es una necesidad nacional que exige imperiosamente al pueblo, y que sólo por el hecho de quererla éste se impondrá muy pronto, aun á pesar de los trabajos que en contra hacen y harán los reaccionarios, interesados como están en que vivamos en guerra intestina cuantos comulgamos en la iglesia republicana.

Nada más fácil á nuestro parecer que llevar á la práctica la inteligencia republicana.

A su realización no se oponen obstáculos insuperables ni mucho menos: sólo se exige que cada uno aporte á la obra común un poco de buena voluntad, y en breve término será un hecho la coalición de la paz entre los republicanos.

Que nadie saque á relucir los adjetivos que dividen y enervan nuestras fuerzas; acordémonos únicamente de que todos somos republicanos, y como tales, todos tendemos á un mismo fin, aunque por distintas sendas.»

«Cuando conquistemos el poder, entonces será ocasión de decidimos por el programa que más nos convenga. Mientras tanto, es criminal torpeza el que perdamos el tiempo discutiendo si este programa es mejor que el otro y si aquél es peor que el de más allá.»

Ya verá el colega cómo la cuestión de programas entorpece la inteligencia. Si los restauradores hubieran disentido programas, Martínez Campos no habría podido alzarse en Sagunto.

La Voz del Pueblo, de Mérida:

«En vano es realizar esfuerzos titánicos, en vano es lanzar á todos los vientos las ideas de la democracia, en vano es alentar los hombres y mover las conciencias, si estos esfuerzos, si estos trabajos, si esta vida, al encarnar en la realidad, no se organiza para la lucha.»

«¿Es posible el triunfo sin la organización? Absurdo fuera pensarlo. Y si la hora se acerca, si estamos cer-

ca de grandes acontecimientos, si esto se va, ¿no seríamos realmente criminales con no estar dispuestos á recibir la codiciada herencia?

Organícense, pues, los republicanos. Nombren en todos los distritos comités inteligentes y activos, trabajen con verdad, y estén seguros de que al llegar el anhelado día ceñirán sus sienes los laureles de la victoria.»

Esta es una necesidad generalmente sentida; pero es imposible organizarse mientras no se mate el *fulanismo*, causa de todas nuestras desdichas.

El Mercantil Valenciano dice «que el principio de la separación de la Iglesia y el Estado es un principio peligroso, no por su radicalismo, sino por la fuerza que daría á la Iglesia en un país como España, en que la religión cuenta con tantos siglos de fuerza adquirida. Los radicales podrían y deberían aplazar la realización de ese ideal en España, no por temor á la guerra civil, sino porque sin derramamiento de sangre entregaría el poder á la Iglesia.»

La Concordia, de Salamanca, censura las declaraciones del Sr. Pi al tratar en el Congreso de la separación de la Iglesia y el Estado, y dice que no parece sino que se las han sugerido los enemigos de la República.

Nos complace mucho coincidir en este punto con tan ilustrado colega.

NUESTROS EDILES

Ya se habrán convencido los republicanos de la inutilidad de mandar al ayuntamiento concejales que representen al partido. Hablan bien y pronuncian largos discursos, pero no saben defender los intereses del pueblo.

Nada práctico puede esperar Madrid de la minoría republicana, porque es público que ha defendido y votado en favor de la Exposición que priva á Madrid del Retiro.

También ha votado en favor del expediente para transferir el crédito de 700.000 pesetas consignado en el concepto 2.º, art. 6.º, sección 2.ª del presupuesto en ejercicio, las cantidades siguientes:

42.154'77 pesetas al concepto 1.º, art. 3.º, capítulo 3.º de la sección 9.ª para material de aceras.

96.725'43 pesetas al concepto segundo de los mismos capítulos y sección para material de empedrados.

16.431'21 pesetas al concepto 3.º de dichos artículos y sección para material de caminos, paseos y carreteras.

Y al concepto 6.º, 412.398'13 pesetas para obras en general y desmontes.

La índole de nuestro periódico nos impide ser más extensos en estos asuntos, y deploramos que los concejales republicanos informen y voten en las comisiones estos gastos, y después traten de cumplir en público pronunciando discursos que á nadie convencen.

De actos políticos no hablemos, porque un concejal republicano declara, siempre que tiene ocasión, que jamás fué político, y otros hace poco nacieron también á la vida política, y por consiguiente no es extraño que no entiendan aun ni sepan lo que más conviene al partido republicano.

MADRONÓPOLIS

Colección de cuadros vivos presentados al público por Emilio Prieto y Villarreal, con una carta prólogo de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Novela bien pensada, bien escrita y que describe con gran verdad y potente colorido sucesos muy semejantes á los ocurridos en España durante la restauración.

Sus personajes parecen copiados del natural y tienen mucho vigor y relieve, por lo que quizás no faltarán maliciosos que los confundan con algunos de carne y hueso que conocemos, odiamos y sóportamos.

La obra tiene gran interés en narraciones y diálogos, y hace recordar involuntariamente á cada paso hechos que hasta hoy habían corrido de boca en boca, pero con gran secreto, entre los bien enterados de ciertos misterios.

Recomendamos, por lo tanto, la obra, y felicitamos á su autor, Sr. Prieto, por haber sabido encerrar una crítica tan severa como justa en una novela amena é interesante.

Véndese al precio de tres pesetas en las principales librerías.

PALOS Y PEDRADAS

Copié en el *Extraordinario* del jueves último un artículo de *El Francoll*, periódico pactista, de Tarragona,

en que decía que había en su partido «muchos jesuitas, traidores, que se venden á los enemigos, que son perversos, que llevan miel en los labios y acibar en el corazón, que votan á los monárquicos, que hacen antecala en las casas de los jesuitas,» con otras lindezas por el estilo.

Y va ¿y qué hace? se incomoda conmigo, y me dice unas cuantas tonterías.

Pero ¡por la imagen que el P. Jacobo regaló á en Vallés! ¿Qué culpa tengo yo de que el apreciable colega conozca tan bien á los suyos y lo publique?

Eto tiene alguna semejanza con el hecho tan repetido del marido que pegaba á su mujer, se metió por medio un alma caritativa, y la emprendió contra ella el matrimonio.

Bien dice el refrán: «Entre padres y hermanos (¿de San Vicente de Paul?) nunca metas las manos.»

Después me pregunta *El Francoll* que adónde voy.

A cualquier parte donde no tropiece con pactistas como los que el colega describe.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Preguntas que hace con intención malévolá el diario *La Democracia*, de Salamanca:

«¿Es cierto que el día cuatro del corriente Mayo, mes de las flores y del hervor de la sangre, fué castigado el acogido en el hospicio Camilo González con suavidad suma por el maestro del taller?»

«¿Es cierto que, madrugando contra su costumbre, se puso á hablarle con una vara de fresno?»

«¿Es cierto que las voces eran fuertes y hacían cardenales?»

«¿Es cierto que antes de tales reflexiones en el pellejo se había castigado al acogido en el calabozo?»

«¿Es cierto que en la comisión provincial, al exponer sus quejas, le dijeron que fuera á curarse á su casa?»

«¿Es cierto que el aconsejado no quiso hacerlo?»

«¿Es cierto que el rancho del día cinco (como el de muchos otros) estaba soso y crudo?»

«¿Es cierto que los papás provinciales no van por allí á probarlo ni á enterarse de las quejas?»

Quisiera estar en antecedentes para confundir con mis respuestas á ese periódico impío, pues de seguro son calumniosas las noticias que da.

En los asilos donde la religión interviene, esos hechos son desconocidos; no así en los servidos por laicos, según pueden atestiguar todos los diarios católicos.

Llegaron los vecinos de Tierz, unos andando y otros en burro, á la ermita donde se celebraba la festividad de San Jorge.

Al pie del altar, tres perros ¡perros mercedarios que se les llamara! jugaban alegremente, sin tener en cuenta que iba á empezar el santo sacrificio de la misa.

Pero ¡anda! que buena les estuvo, pues saliendo un hombre piadoso de la sacristía con un crucifijo en la mano, les dió con él tales currelos, que salieron los tales perritos chillando como demonios.

Algunas personas se escandalizaron de que se empleara el crucifijo para tal objeto; gentes ligeras é impresionables que por un ligero detalle prescindían de lo santo de la intención.

Yo lo disculpo. La indignación que produce en las almas fieles las profanaciones en las casa de Dios, las hace irresponsables de pequeñas irreverencias como esa.

La Bandera Laica, de Játiva, la ha tomado con el señor cura de la Sangre, don Wenceslao Balaguer, por si acompañó al señor cura de Flix, aquel bendito héroe de la última guerra carlista, en su santa campaña contra los liberales, llegando hasta á calificar de asesinatos, robos y violaciones sus recomendables actos.

«Lo que ciega la pasión política cuando la religión no la pone freno! Si el señor cura Balaguer creyó que de esa manera servía á su Dios, aplausos, que no censuras, merece. ¿Qué valen una ni dos ni cien miserables criaturas pecadoras y miserables ante el servicio del Señor de cielos y tierra? Nada. Menos que un grano de arena ante una montaña.»

Entonces ¿á qué dejarse arrastrar por la pasión política?

El celoso ministro del Señor Bauffil, de Miravet, no transige con nada que significar pueda desprecio ó ataque á la religión de nuestros mayores, cosa que es muy de alabar.

Hace pocos días iba por la calle con el Santo Viático y encontró á un anciano de cerca de noventa años, que se descubrió respetuosamente, pero que no se arrodilló; lo agarró por la chaqueta, y...

Vamos, que á mí me hubiera pasado lo mismo. Eso de hacer como que cumplen quitándose el sombrero, pero permaneciendo de pie, es un medio hipócrita de salirse con la suya y mofarse de las cosas santas.

Y esto no debe tolerarlo ningún representante en la tierra del Dios de paz y caridad.

No hace mas que cumplir con su misión el digno sacerdote que allá por Sierra Morena toma el partido del débil contra el fuerte, del jornalero contra el colono.

Y no vale decir que él tiene guardas jurados en sus propiedades, con bandoleros brillantemente adornados y chapas con la inscripción de «guarda jurado del excelentísimo señor, etc.»

Eso, lejos de perjudicarlo, le favorece, probando cuán grande es su caridad, puesto que en medio del fausto y la abundancia propias, ve con dolor que las ajenas no están al alcance de los menesterosos.

¿Que existe en Laroles un matrimonio sin legalizar porque los contrayentes son cuñados y pobres?

¿Y quién tiene la culpa? No seguramente el difunto arzobispo Sr. Monzón, que en una visita pastoral hecha á dicho pueblo, prometió poner toda su influencia para que la dispensa no costara nada, pues antes de cumplir su promesa le sorprendió la muerte.

Véase, pues, cuánto se equivocan los que sostienen que únicamente la falta de dinero es causa de que no se arreglen esta clase de asuntos.

Porque Jesucristo dijo «si te dan una bofetada en la mejilla izquierda presenta la derecha», deducen algunos impíos que sus ministros deben sufrir con paciencia los insultos y las agresiones.

Pero á esos tales ha venido á sacarlos de su intencionado error el virtuoso y prudente sacerdote de Játiva, don Angel Perez Cortes, al contestar, «que si le dieran una bofetada, él devolvería dos; y si le pusieran un revólver al pecho, él pondría una ametralladora.»

Celebró en el alma la derrota que han sufrido los impíos.

Alginet.—Necesito que una persona de confianza me confirme la noticia de haber sido un señor sacerdote cogido en el cepo al ir á sacar una llave por la gatera para entrar en una casa donde había una joven.

Hace años se dió esta misma noticia, localizándola en otro punto, y como luego resultó falsa, no quiero exponerme á calumniar á un ministro del Señor.

El señor cura de Mercadal no ha dado la absolución á sus feligreses sino llevando dos testigos que declaren que no están suscritos al impío periódico *El Liberal*, de Mahón.

Hay quien sostiene que debían sus feligreses, para confesarse con él, pedirle que presentara dos testigos para que aseguraran que cumplía el voto de castidad; pero esta es una frase de mal gusto de un protervo.

Un periódico de Gijón pregunta si es verdad que el día de Jueves Santo y en pleno templo, el presbítero Dolor abofeteó á un joven por el delito de toser al pasar aquél por su lado.

Nada de particular tendría, porque los señores curas dicen, y dicen bien, que en la casa de Dios no les tose ni Cristo.

Discutían acaloradamente dos jóvenes en el Grao de Gandía, sin que hubiera medio de hacerles entrar en razón, cuando llegó un señor sacerdote y los puso en paz.

No fué con la palabra divina, es cierto, sino con un soberbio vergajo. ¿Pero qué importa el medio si cumplió como buen ministro del Dios de paz?

Hágase el milagro y hágase como quiera.

Confesada y absuelta se acercó una muchacha de Boal al comulgatorio, y el señor cura le negó la santa hostia.

La joven se retiró á su casa, y aunque sigue sin novedad en su salud, de seguro que no se atreve á decir que el único pan necesario á la vida es el del cuerpo.

Dicen que dijo el señor cura de Iruelos:

«¡Aquí ya no hay distinciones de personas y de curas! ¡Aquí ya somos todos hombres!»

¿Distingue entre persona y cura? Pues lee *El Motín*, por lo cual lo felicitamos.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Los suscriptores que se entiendan directamente con esta administración, además del derecho á recibir gratis el *Almanaque* todos los años, tendrán éstos:

El de trimestre recibirá gratis, á elegir, cualquiera de los libros de 1 PESETA de nuestra Biblioteca.

El de semestre, cualquiera de los de DOS PESETAS, ó dos de UNA.

Y el de año, un valor en libros equivalente á CUATRO PESETAS.

Este derecho se concede desde 1.º del año actual á todos los que fueran ya suscriptores, ó que después lo hayan sido. Para utilizarlo es condición indispensable pagar por adelantado.

Cuando alguno desee adquirir un libro cuyo importe exceda del valor á que su suscripción le da derecho, debe enviar la cantidad que falte hasta el completo de su importe.

OBRAS QUE PUEDEN ELEGIR LOS SUSCRIPTORES

La Iglesia y la Moral, por Dom Jacobus.—Dos tomos, cinco pesetas.

El Judío Errante, por Eugenio Sué.—Nueve pesetas.

Moral Jesuítica, ó sea *Controversias del Santo Sacramento del Matrimonio*, por Tomás Sánchez (*El Cordobés*), de la Compañía de Jesús.—Cinco pesetas.

El Convento de Gomorra, por Santiago Souffrance.—Tres pesetas cincuenta céntimos.

La Religión al alcance de todos, por R. H. Ibarreta.—Dos pesetas.

Dios ante el Sentido común, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

Los Jesuitas.—Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, etc., por Ignacio de Lozoya.—Dos pesetas.

Comentarios á la Biblia (El citador), por Pigault-Lebrun.—Una peseta.

Espejo moral de clérigos, para que los malos se

espanten y los buenos perseveren.—Cuatro tomos, á peseta cada uno.

Acicate de la alegría.—Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas.—Una peseta.

Testamento de Juan Meslier, cura de Etrépigny, precedido de las cartas que Voltaire y D'Alembert escribieron en elogio suyo; y *Ensayos sobre la Historia Natural de algunas especies de Monjes*.—Dos pesetas.

La Piqueta, por José Nakens.—Dos pesetas.

Lo que no debe decirse, por el mismo.—Dos pesetas.

Garrotazo limpio, por el mismo.—Dos pesetas.

Puntos negros, por el mismo.—Dos pesetas.

Juan Lanas, por el mismo.—Dos pesetas.

Cantes Flamencos.—Colección escogida de lo mejor que ha producido la Musa popular.—Tres ptas.

Lo que son los curas, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

Tigre tonsurado.—Una peseta.

El Voto de Castidad, por Enrique Segovia Robaberti.—Una peseta.

El Suplicio de un cura.—Una peseta.

Mi Mujer y el Cura, por José Zahonero.—Una peseta.

La Sima de Igúzquiza, por Alejandro Sawa.—Una peseta.

La Serpiente Negra, por G. Merino.—Una peseta.

Criadero de curas, por Alejandro Sawa.—Una peseta.

Dos curas á cual peor.—Una peseta.

La sobrina del párroco, por Pedro J. Solas.—Una peseta.

Cartas de Talleyrand.—Cincuenta céntimos.

El claustro materno, por el padre Froilán.—Una peseta.

Legítimo de Loyola, por Arturo Gin.—Una peseta.

El Compadre Mateo, por Pigault-Lebrun.—Dos pesetas.

La Religión natural, por el cura Meslier.—Dos pesetas.

Las ruinas de Palmira, por el Conde de Volney.—Una peseta.

Cosas de curas, con láminas, por *El Motín*.—Una peseta.

Otro rato d'Curas, con ídem, por *El Motín*.—Una peseta.

Nuevo rato d' curas, con ídem, por *El Motín*.—Una peseta.

Y dale con los curas, con ídem, por *El Motín*.—Una peseta.

Los Sermones de mi cura (Sátiras dedicadas á los señores párrocos), por A. Roussel.—Dos pesetas.

Cándido ó el optimismo, por Voltaire.—Una peseta.

Gente nueva (crítica inductiva), por Luis Paris.—Precio del tomo: dos pesetas.

Los Misterios de París, por Eugenio Sué.—Nueve pesetas.

Atar-Gull, por el mismo.—Dos pesetas.

La Salamandra, por el mismo.—Dos pesetas.

Cante místico-flamenco, por *El Motín*.—Una peseta.

Historias de la Corte celestial, por un Sacristán Jubilado.—Dos pesetas.

Cuervos y Lechuzas (Fotografías clericales), por Joaquín González Losada.—Dos pesetas.

Madama Bovary, por Gustavo Flaubert.—Tres pesetas.

Mademoiselle de Maupin, por Théophile Gautier.—Tres pesetas.

Las mujeres, por Alfonso Karr.—Dos pesetas.

La Guerra de los Dioses, por Evaristo Parny.—Cinco pesetas.

Galanterías de la Biblia, por el mismo.—Tres pesetas.

Almanaque de El Motín para 1892.—Una peseta.

La República.—Hermosa lámina al cromo en diez colores, propia para colocarla en Casinos, Comités y Despachos. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

Retrato de D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Magnífico cromo, de exacto parecido, en doce colores é igual tamaño.—Tres pesetas.

Todos los retratos que se han publicado en cartulina, y que se venden á peseta.

BIBLIOGRAFIA

Tenemos á la vista el *Anuario del Comercio* para 1892, publicado por la casa Bully-Baillière é Hijos, de Madrid, obra que no vacilamos en recomendar á aquellos de nuestros lectores que no la conocen todavía.

En dicho *Anuario* encontrará el hombre de negocios tal suma de datos, tan interesantes y útiles detalles, que á poco que lo maneje reconocerá las grandes ventajas que para el desarrollo é incremento de sus negocios pueda proporcionarle.

Esta publicación, la que los S. es Bully-Baillière é Hijos han logrado colocar á fuerza de constancia y sacrificios á la altura de sus mejores similares del extranjero, consta de un tomo en 4.º de más de 3.000 páginas, comprendiendo la parte oficial, profesiones, comercio é industrias de España, Antillas e-pañola, Filipinas, Repúblicas hispano-americanas y Portugal con sus colonias. Precio veinte pesetas. Se hallará de venta en las principales librerías de España.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.